

TARDES DE ORACIÓN EN...



CARMELITAS DESCALZAS DE OLZA, NAVARRA

Como encuentra el viajero en su camino un paisaje lleno de encanto, podríamos nosotras, igualmente, decir que en este pequeño pueblecito de la comarca de Pamplona, en Olza, hemos hallado un paraje lleno de luz y color. Asistimos aquí, muy de cerca, a los ciclos de la naturaleza, a los del laboreo agrícola: ¡Todos los días nos aguardan esos “desvelamientos” con que la tierra es capaz de deslumbrarnos! Pero este lugar no solo es creación, sino que en él hemos hallado, también, una palabra divina. Al llegar, no sospechamos que nos aguardara una experiencia nueva de Iglesia.

Todo comenzó cuando, forzadas a salir de nuestro antiguo monasterio de Echavacoiz, en Pamplona, por motivo de los planes urbanísticos del barrio y la construcción de la nueva estación de tren, nos vimos en la necesidad de buscar un nuevo emplazamiento. Sin saber a dónde nos llevarían nuestros pasos, fuimos recorriendo la comarca de Pamplona, hasta que la Providencia puso en nuestro camino a las personas que decidirían nuestro destino geográfico. Una amiga del Carmelo seglar nos puso en contacto con su familia, y, después, todo vendría rodado.

No había estado en nuestros planes dejar nuestro centenario monasterio, fundado por las carmelitas de Francia (Condom-Prouillan), que, al pasar por Lourdes, habían prometido a la Virgen ponerlo bajo su advocación si conseguían hacerlo; ni tampoco habíamos pensado abandonar el barrio de la periferia de la ciudad con el que siempre nos habíamos sentido muy identificadas: ¡Cuántas veces nuestras hermanas torneras prepararon bolsas de bocadillos y comida a cuantos llamaban a nuestra puerta! Por los planes del ayuntamiento, como quien empujado a salir de casa, nos vimos en una situación de éxodo y peregrinación.

El nuevo monasterio pudo realizarse gracias a la oferta urbanística de ese momento. La urbanización preveía una gran edificación de viviendas, de ahí que nuestro terreno llegara a valer lo suficiente como para construir otro. La construcción fue a buen ritmo y, en año y medio, la casa ya estaba levantada y casi terminada. El 6 de agosto de 2009 entramos en ella y el 11 de septiembre celebramos su inauguración.

Ya han pasado diez años desde entonces. Como desde el primer día, seguimos dando gracias a Dios por este espacio en el que hemos sentido “la mano” que nos ha guiado. Tal como todo se desarrolló, nos parecía claro que el Señor tenía un interés particular en que se construyera este Carmelo de Olza.

El lugar despertó pronto en nosotras y en cuantos nos visitaban el deseo de darlo a conocer y ofrecerlo como rincón propicio para el silencio y la oración. Apartado de la ciudad, en la falda de un montecillo, da la sensación de estar en una atalaya. De nuevo, sin haberlo pensado, nos llegó otro mensaje: “¿Por qué

no hacemos encuentros de oración, aprovechando este lugar tan recoleto?”, -nos propuso un día un amigo nuestro-, “sí, al modo de nuestras vigilias de Pentecostés”. Él estaba dispuesto a ayudarnos en todo lo que hiciera falta. Y ¿por qué no? El marco invitaba a la contemplación.

El planteamiento que nos hicimos era el de ofrecer encuentros orantes, al hilo de los escritos de nuestros maestros carmelitas, santa Teresa de Jesús y san Juan de la Cruz especialmente. Con tiempos largos, en la tarde de los sábados, y cada dos meses aproximadamente, durante el tiempo escolar. Empezamos llamándolas “Tardes con Teresa”.

Haciendo tanteos en el modo de hacer las convocatorias, fue surgiendo un grupito de personas, pequeño al principio, pero que con el “boca a boca” se fue ampliando. El grupo inicial ha aumentado y se ha fidelizado. Las invitaciones que dirigimos a grupos, catequistas, amistades, no tienen criterios especiales: puede venir todo el que quiera. El señor arzobispo ha visto con agrado, desde el inicio, esta oferta orante de nuestro monasterio y nos pregunta siempre que viene cómo nos va. Él mismo nos pidió que escribiéramos un artículo para el periódico, y, así, darlo a conocer a toda la diócesis. Lo anunciamos, de hecho, en el boletín semanal. El número de participantes oscila, pues hay que contar con los acontecimientos y los compromisos familiares personales, pero suele estar entre 25 y 40 personas.

Comenzamos leyendo a santa Teresa, como es obligado, con temas como la “oración de amistad”, la “humanidad de Cristo”, la “determinada determinación”. Luego la lectura se centró en los libros Camino de Perfección y Las Moradas. Para ofrecer variedad,

estos dos últimos años hemos pasado a san Juan de la Cruz, leyendo los poemas de *In Principio erat Verbum*, *La Fonte*, y actualmente el *Cántico Espiritual*.

Nuestra manera de actuar es sencilla. Al comienzo hacemos una pequeña introducción con la que presentamos el tema de la tarde. Intentamos ir presentando aspectos claves de la espiritualidad de nuestros santos, explicados en el lenguaje actual y en clave de lectura personalizada. Las personas descubren que los santos les hablan de cosas y experiencias que son cercanas a su realidad de vida y que les sirve para su práctica de la oración. Intentamos enganchar la mística con las realidades humanas, con los procesos de maduración y crecimiento humano y cristiano. “Todos estamos llamados a la relación personal de amistad, a la comunión con Dios”: ese es el mensaje principal que intentamos transmitir y que tanto Teresa de Jesús como Juan de la Cruz quieren dejar claro a todo el que se acerca a sus escritos.

Tras esa presentación leemos despacio el capítulo del día (extractado), para interiorizarlo a través de la escucha. En ocasiones añadimos algún texto poético de algún autor que sea paralelo a lo escogido; o incluso símbolos de la vida diaria, para entroncarlo mejor en nuestro mundo real. Dejamos luego un tiempo largo, algo más de una hora, para el silencio y la oración personales. Y es que constatamos la necesidad de mucha gente que no puede tener este silencio en su espacio de vida; fue este uno de los principales motivos que nos animó a abrir nuestra casa y ponerla a disposición del pueblo de Dios.

Aconsejamos que todos hayan leído el texto antes. Como el grupo que se acerca está formado por gente variada, además de la opción del silencio, damos la oportunidad de compartir en grupo lo reflexionado, en una dinámica comunitaria. Ahí pueden surgir las dificultades que encuentran en la oración, o las dudas en torno a lo que hemos presentado esa tarde. Esta doble dinámica funciona muy bien, y además amplía el abanico de personas que pueden seguir el encuentro.

Tras el silencio orante, en la capilla, oratorio o campo, llega el momento de la celebración. Este paso es muy importante, porque la fe necesita ser celebra-

da. Todos necesitamos cultivar el agradecimiento y el asombro ante las obras grandes de Dios.

Necesitamos equilibrar nuestras tendencias a controlar y medir lo que es útil o eficaz para nuestra vida. La fe es, ante todo, una experiencia de la gracia de Dios, que nos enseña a vivir todo como don. Nuestra respuesta tendrá que ser, por tanto, la acción de gracias, la alabanza, el canto al Dios de las misericordias.

Descubrimos con alegría que las personas disfrutan rezando con los salmos, cantando pequeñas antifonas de alabanza o acción de gracias, despertando a la experiencia gozosa de la fe que da oxígeno y fuerzas para emprender las tareas duras de la existencia. Esta última parte celebrativa dura muchas veces más de una hora, que pasa, al decir de todos, como un suspiro. Los textos bíblicos, emparejados a los textos teresianos o de san Juan de la Cruz, se engarzan con cantos de Taizé, o parecidos. Siempre reservamos un pequeño rato para que surjan los ecos de los textos o de la oración particular. Todos, monjas y laicos, gustamos la comunión eclesial: un solo corazón, y un mismo deseo de entrar en comunión de amor con el Dios que nos habita. El clima de silencio que se crea entre todos es admirable, y reconfortante. Todos vivimos unidos y conducidos por el Espíritu, que nos pone a la escucha del susurro de Dios.

Y, como lo pediría el mismo Jesús, tras una larga tarde, viene el encuentro del grupo en torno a unos refrescos y galletas para llenar algo los estómagos vacíos. La oración nos hace cada día más familia, más uno, y la mesa alegra la fiesta de la hermandad. Sentirnos Iglesia, que comparte los distintos ministerios y tareas recibidos, es la experiencia de comunión eclesial de siempre. Pero esta experiencia de abrir los tesoros del carisma carmelitano a los laicos nos está diciendo que hay mucha búsqueda de espiritualidad, mucha necesidad de testigos de esperanza que comuniquen “palabra viva” (la de los santos). El monasterio resulta ser un lugar de referencia para muchos, pues les transmite esa paz de la presencia de Dios que viene a su encuentro.

Estos son los testimonios de dos personas que quieren aportar su experiencia al respecto:

JAVIER

Me llamo Javier, estoy casado y soy padre de dos hijos. Considero que tengo una vida normal, con mi trabajo, mis relaciones sociales... Con muchos momentos felices y también, con momentos de dificultad, de problemas y de desiertos.

Todos esos momentos los intento vivir con Dios, mi Señor Jesús, que me llamó hace ya muchos años para que fuera de los suyos, y a quien intento seguir de la manera más honesta posible, y con todo mi amor.

Para mí las tardes de oración son momentos para poder estar a solas con este Jesús, a quien amo profundamente.

Voy, sediento, a beber de su fuente de amor, la fuente que llena mi vida de su vida. Le pido que me deje estar junto a él, cerca, muy cerca, aunque no me lo merezca.

Puedo llorar, junto a él, las tristezas de mi corazón, y sentir que me acoge y me consuela. Festejo con él tantos gozos y alegrías de la vida que él me regala con abundancia.

Escucho a santa Teresa de Jesús y a san Juan de la Cruz, y experimento que sus vivencias son las que yo quiero vivir, y que son las que Dios me quiere dar, las que nos quiere dar a todos, sin excepción.

Son momentos para sentirme familia y sentirme Iglesia con las hermanas Carmelitas Descalzas, mis queridas hermanas, y con todas las personas que allí nos reunimos para adorar a nuestro Dios.

CONCHA IRIARTE

Todos estos años de "Tardes de Oración" con las hermanas de Olza se han pasado como un suspiro. Parece mentira que algo tan agradable, liviano y llevadero deje tanta huella en la vida. Las hermanas preparan estas tardes de oración con un objetivo claro, darnos VIDA, acercarnos a la FUENTE para hacernos la vida más llevadera. Se nota todo el amor que ponen al seleccionar los textos de las enseñanzas transmitidas por santa Teresa, san Juan de la Cruz, el Evangelio y los Salmos, en cómo articulan cada oración, canción o símbolo, buscando tocar nuestro corazón con el amor de Dios.

También hay mucho amor en sus abrazos, sus sonrisas, en los espacios que preparan para que nos sintamos cómodos, no solo nosotros sino también nuestros hijos. Esto último ha sido muy importante porque, con niños pequeños, era difícil poder escaparse a retiros. Ellas nos abrieron, generosamente, a un grupo de amigos la parte de la casa preparada para visitas y, haciendo turnos de cuidado, podemos ir disfrutando de estas tardes de oración. Ahora ya son mayores, se cuidan solos y en plena adolescencia quieren ir a Olza.

Las hermanas han hecho que nos sintamos como en nuestra propia casa. Para mí, estas tardes son un regalazo que me hace el Señor a través de ellas, una mediación clarísima, un empujón a mi vida de fe. La casa de las hermanas carmelitas del Olza se ha convertido en un hogar donde humana y espiritualmente hay mucha VIDA, donde apetece ir, donde te regeneras.

